

Minicuentos

ROBERTO BAÑUELAS

El hombre fuerte

Obsedido por la publicidad y hostilizado por la exhibición de la fuerza bruta ostentada como humana virtud, ingresó en un gimnasio para convertirse en un atleta de campeonato. El tiempo libre que le dejaban sus negocios, estafas y contubernios, lo dedicaba a un apasionado entrenamiento que, gradualmente, fue aumentando su habilidad y potencia muscular.

La vanidad le impulsó a querer levantar, antes de tiempo, el peso de su conciencia... Al día siguiente, los diarios daban la noticia de que el prominente hombre de negocios había muerto, según el parte médico, herniado y víctima de una rara asfixia.

Caperucita rosa

El teléfono repiqueteó como niño histérico en el momento en que Caperucita comenzaba a jugar con el tigrillo que había ganado en una rifa: llamaba su abuela, quejándose del abandono en que la tenían sus parientes y de la falta de material de lectura.

Caperucita fue al supermercado y compró una canasta de novelas policíacas. Diligente y amorosa, el mismo día viajó en un autobús que la dejó a dos kilómetros de la casa de su abuela. Cantando una canción de protesta, se internó en el bosque, y, al atacar el agudo final, apareció el lobo que, en una

actitud de perro faldero, la tranquilizó explicándole que no estaba enojado por las calumnias literarias y que, aunque no era vegetariano, tampoco le gustaba nutrirse de carne humana.

Los sueños del hombre

De las calles huyeron los lujosos automóviles: con la misma rapidez, las tiendas se cerraron para proteger el corazón batiendo de los mercaderes. Por el centro de la ciudad los hombres se concentraban para cantar un sueño de amor y comprensión, de paz y libertad.

Cuando la voz de la multitud era ya como el rumor de un mar en júbilo, apareció el rencor organizado en batallones de cascos, cachiporras, injurias, fusiles, órdenes superiores y perros.

Aniquilante huesped

Varias veces llamó, agitando sus alas de membranas nocturnas contra los cristales de las ventanas. Su insistencia se prolongó durante cada noche del sofocante verano, apareciendo como la hora exacta de una amenaza cumplida.

Ayer, a la hora de la cena, anunció con un penetrante silbido la tarea de inquietarnos. Mi esposa, más alterada que nunca, pasó de la adulación al insulto para lograr que yo saliera a matarlo. Apagamos las luces y me acerqué a la ventana con un puñado de cerillas que encendí cuando ya casi rozaba el vidrio en el que la bestia se posaba. Su reacción fue la del terror acumulado en una mueca-alarido que, después de su

fuga enloquecida de zigzag, nos ha dejado como herencia el pavor de su recuerdo.

La primera ley

“Cada uno de nosotros debe fingir que aprende lenta e infructuosamente los procedimientos para convertirse en un acróbata bufón; y se prohíbe, bajo pena de muerte, demostrar el mínimo de inteligencia necesario para leer, escribir o realizar toda clase de trabajos esclavizantes, pues con ello comprometemos para siempre la libertad de nuestros hermanos que viven felices en la selva”.

Tomado de “Reglamento interior de monos en cautiverio”.

Último sol

Llegó, arrastrando su juventud, hasta la estación donde hombres y mujeres organizaban su tedio en espera del monorriel que los conduciría a otra jornada de monótono trabajo controlado por computadoras electrónicas. Miró a sus compañeros con una tristeza lejana, sin lograr diferenciarlos de un cúmulo de piezas clasificadas en el mal general de la existencia... Levantó el rostro y, forzando la vista a través del cristal de su máscara protectora y de la densa nube de smog que envolvía al territorio, vio al sol que, a esa hora, parecía el dibujo perversamente infantil de una naranja enrojecida.

Sintió tan abismal y amargo el dolor de estar presente como absurdo el compromiso de seguir viviendo en una dimensión de insensibilidad colectiva. Lo último que oyó, antes de desconectar el tubo de su tanque portátil de oxígeno, fue el estrépito del monorriel, que frenaba para engullir pasajeros.

Su caso fue uno de tantos que hubo desde 1995.

Obsesivo peregrinar

Las grandes puertas se abrieron en respuesta a su deseo de entrar. Transitó, extraviado, por corredores de asombro y galerías encantadas que lo condujeron a una fuente estelar de cuyas aguas quiso beber; pero al acercar sus labios a la superficie, vio que desde el fondo una hermosa mujer desnuda lo invitaba a seguirla. Y él fue tras ella –fuente abajo– sin poder

alcanzarla, enloquecido y golpeándose contra los muros de deslumbrantes laberintos.

Desilusionado por no haber encontrado a la mujer que lo invitó al goce de una dicha ignorada, se sintió casi feliz al hallar la salida de aquel sueño ardiente: al fondo del túnel, una delgadísima línea de luz indicaba la existencia de una puerta para su evasión; tiró de ella y no se abrió; la empujó, y se precipitó al abismo.

Lunación perpetua

El nuevo criado que contratamos para la casa de campo nos gustó por cortés e inteligente. Sin embargo, su carácter comenzó a cambiar desde una noche en que fue a sacar agua del pozo y encontró que la luna flotaba en el fondo. Noche a noche, cuanto más crecía la luna en el cielo, tanto más aumentaba su desesperación por capturarla, quedando siempre al final del oscuro túnel vertical una portentosa moneda que brillaba como el ojo de un cíclope embelesado.

Aunque los vecinos afirman que nuestro criado está loco y que algún día se volverá peligroso, nosotros seguimos estimándolo por servicial, y porque ya forma parte de esta casa y de esa luna. 🐼

